

¿Quién capta mejor la realidad de una escuela? ¿El papeleo oficial: su ideario, informes, evaluaciones...? ¿El informe de la inspección? ¿Sus anécdotas? ¿Sus alumnos más aventajados? ¿El último de la clase? ¿Las visitas?

Un inglés en Barbiana*

Charles Walker



Después de la Navidad de 1965 visité por primera vez a don Lorenzo Milani en Barbiana. Yo era un estudiante en el instituto Beda de Roma. Amigo desde hacía mucho tiempo de la familia de Clarice, la mujer inglesa del hermano de don Lorenzo, el profesor Adriano Milani Comparetti, médico especialista en el tratamiento de niños espásticos y con alguna discapacidad.

Adriano y Clarice me habían hablado de don Lorenzo y de su escuela en Barbiana, pero yo no estaba todavía en condiciones de apreciar su importancia. Después de Navidad, durante una estancia en Florencia, Adriano se ofreció a llevarme a Barbiana a ver a su hermano. Vinieron con nosotros sus dos hijas. Cuando llegamos a Barbiana ya era de noche, las dos niñas se habían dormido en el asiento posterior del coche acurrucadas como cachorrillos.

Llego a la escuela

Para llegar a Barbiana afrontamos la precaria carretera que don Lorenzo y sus muchachos habían construido hasta la casa y la iglesia. Cuando llegamos, un grupo

de chicos salió de la casa y llevaron a las dos niñas a hombros, y yo los seguí con Adriano. La comunidad estaba al completo; don Lorenzo, rodeado por sus chicos. Me hicieron sentar y traté de comprender de qué se estaba discutiendo. Debo decir que mi italiano era bastante rudimentario.

De repente, don Lorenzo se volvió hacia su hermano echándome una ojeada y le dijo: “¿Quién es este?”. Adriano explicó que yo estaba estudiando en Roma para hacerme sacerdote católico, tras haber sido un pastor anglicano en Inglaterra. Sin más introducción, don Lorenzo me preguntó: “¿Por qué has cambiado?”. Con un italiano dudoso traté de explicar las razones de la decisión más importante de mi vida. No logré decir mucho antes de que me interrumpiera: “Puedes hablar en inglés; aquí la mayor parte de los chicos te comprenderá”. Para mí, ésta fue la primera sorpresa de la escuela de Barbiana.

Aquella tarde, antes de regresar a Florencia, don Lorenzo me había invitado a volver en Pascua, es decir, cuando ya me hubieran ordenado sacerdote católico. Me

C
a
s
o

a
b
i
e
r
t
o

dijo que podría ayudar en la escuela enseñando inglés a algunos chicos. Así que volví a Barbiana durante un largo fin de semana en la Pascua de 1966 y otra vez en Pentecostés. El paisaje de Barbiana me emocionaba por aquella vista tan encantadora en cualquier dirección. Me conmovió que se recordara a los soldados ingleses muertos en combate en la Línea Gótica durante los últimos episodios de la segunda guerra mundial.



De las casas rurales circundantes algunas ya estaban abandonadas, pero un discreto número de ellas todavía estaban ocupadas y daban alojamiento a los chicos de don Lorenzo. Los edificios de la parroquia eran sencillísimos. La señora Eda, que había sido parroquiana de don Lorenzo en Calenzano, cocinaba y se ocupaba de la casa; Adele, profesora de letras en una escuela del valle Mugello, pasaba todo su tiempo libre

en Barbiana, ayudando a don Lorenzo en la escuela y haciéndole de emisario de confianza en las cuestiones de fuera.

Todas las mañanas, a las 8, los chicos acudían a la casa parroquial desde sus casas. Algunos eran de allí y a otros los habían traído sus padres a la escuela desde Calenzano, Florencia y otros lugares. La escuela duraba hasta las 7 de la tarde; lo que significaba una actividad muy variada, pero siempre útil durante todo el día. Este era el régimen diario de todo el año, incluso Pascua y Navidad. Barbiana era una familia, no una institución. Esta fue para mí otra revelación.

Don Lorenzo maestro

Don Lorenzo era un maestro excelso. Dos ejemplos de su genio pedagógico han quedado fijados en mi memoria. Durante la época de mis visitas, él ya estaba muy enfermo de leucemia: moriría por su causa al cabo de un año. Casi siempre daba sus clases desde la cama. Cada día, después de comer, todos los chicos querían reunirse a su alrededor. Marcello, el más pequeño, se quería siempre sentar en su cama. Tales reuniones después de comer se dedicaban a los periódicos diarios. Don Lorenzo quería discutir el sentido político, económico y religioso de las distintas cuestiones de las noticias del día. Las reuniones eran extremadamente animadas; la discusión se desarrollaba en un italiano rápido y en una jerga particular; así que yo podía seguir bastante poco de cuanto se decía. Provoqué gran hilaridad al comentar que los chicos hablaban como ametralladoras.

Los preparativos para la misa del domingo por la mañana fueron otro notable ejemplo de la educación en Barbiana. Se preparaba el Evangelio del día. Cada chico tenía un ejemplar de los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos, Lucas). Don Lorenzo tendía hacia una fe arraigada y razonada. El sentido del texto se discutía por lo menos una hora y se le extraía su significado para la vida de cada uno. Cuando llegó la hora de la misa, yo, nuevo sacerdote, la celebré con la asistencia de don Lorenzo; ésta fue su voluntad. Una buena

cantidad de chicos quería ayudarme a vestirme y a acompañarme a la iglesia. No hubiera podido tener una misa con mayor participación.

Algunos de los muchachos mayores habían estado en el extranjero. Francucho había pasado tiempo en Inglaterra, alojado en una familia protestante cerca de Southend, en Essex. Cuando le llegó el tiempo de volver a Italia, la familia le ofreció una fiesta de despedida, durante la cual cantaron himnos particularmente estimados por la iglesia protestante de Inglaterra. Francucho tenía una cinta grabada y me la hizo escuchar en presencia de don Lorenzo y de cantidad de chicos. Entre los himnos cantados estaba el “Jesu, lover of my soul”. Yo observé lo bonito que era aquel himno protestante. Don Lorenzo dijo al vuelo: “¿Por qué protestante?”. Les expliqué que el himno contenía el credo clásico de la Reforma Protestante respecto de la absoluta indignidad del hombre y de la salvación mediante la sola Fe. Esto nos llevó a una fascinante conversación sobre el contraste

se esparcía por las colinas de los Apeninos.

Conversaciones

En aquella época don Lorenzo estaba en difíciles relaciones con el Arzobispo de Florencia. Al fin y al cabo, a él le habían exiliado a Barbiana: una pequeñísima parroquia rural ya casi abandonada. El Arzobispo mostraba muy poco aprecio por la importancia de la escuela. Don Lorenzo se hubiera sentido felicísimo de haber recibido algún reconocimiento del Arzobispo. Todo eso se discutía con los chicos.

Por la noche, después de irse los muchachos, don Lorenzo y yo solíamos hablar de todo ante una copita de brandy. Ante los conservadores él tenía fama de *cura rojo*. Comprendí que efectivamente él había neutralizado el comunismo creando en Barbiana una especie de comunidad cristiana proletaria, que, en cuanto al modo de vivir, era más simple, más auténticamente humana y más misericordiosa de cuanto el partido comunista



entre el credo protestante y el católico respecto del sacrificio de Cristo, las vías de la salvación del hombre y la obra del Espíritu Santo. El nivel de la discusión hubiera honrado a cualquier grupo de seminaristas.

Así que “Jesu, lover of my soul” se convirtió en una experiencia religiosa para los chicos. Tuve que rebuscar en mi memoria para encontrar las palabras del himno y escribirlas para que ellos las pudieran copiar. El siguiente domingo de mi visita lo cantamos en la Misa por la mañana. Me emocionó oír un himno tan apreciado por la comunidad cristiana inglesa y cómo se elevaba desde la iglesita de Barbiana y

hubiera podido ofrecer a los jóvenes.

Hablamos de las consecuencias de sus *Experiencias pastorales* y de la *Carta abierta a los capellanes militares de la Toscana*, que le acusaron de sedición. Me explicó que la carta se había compuesto en clase y que se envió a todos los diarios de Florencia, pero que sólo el periódico de los comunistas la había impreso. Comprendí también que don Lorenzo admiraba mucho al papa Pablo VI, quien le mandaba dinero para la escuela y seguía ayudando en los costosos fármacos para la leucemia.

Eda era devota de don Lorenzo, igual que todos los chicos. Le llamaban *Priore*. Dos

de los mayores, Michele y Francucho, que en realidad eran dos jovencitos, eran realmente sus hijos adoptivos. Michele estaba versado en cosas técnicas y Francucho se interesaba mucho por el mundo islámico, estaba aprendiendo el árabe con la idea de irse al África árabe.

Mis alumnos

Mi tarea en Barbiana era mejorar el inglés de tres jóvenes, incluidos Eduardo y Carla, que se casó pronto con Michele. Don Lorenzo ya los había preparado bastante utilizando como libro de texto *Rebelión en la granja*

de George Orwell. Los cuatro nos sentábamos debajo de un olivo y hablábamos de todo. A ellos les interesaba mucho la vida de la juventud proletaria en gran Bretaña y me contaron también muchas cosas sobre el modo de ver los jóvenes italianos. Mejoré mi italiano y eso mismo creo que sucedería con su inglés. Mis tres alumnos representaban a los chicos de Barbiana: tenían una extraordinaria amplitud de intereses respecto de la vida y pretensiones serias. Para ellos la instrucción era un camino hacia el significado completo de la vida: la religión, la moral, la política y la cultura eran los componentes de una misma visión unitaria.

Un día Eda estaba removiendo una olla grande de pasta para los que comían en casa. Empujó la soperá en medio de nosotros y nos dijo algo en italiano. Don Lorenzo dio una palmada y dijo: “Sólo tres personas podrían haber dicho lo que Eda acaba de decir: Eda, el catedrático de Literatura italiana en la universidad de Florencia ¡y Dante!”. Había usado una expresión correctísima que recuerdo en inglés como “Part this among you”, algo así como “repartíos esta comida”. Por desgracia nunca fui capaz de aferrar con precisión lo que Eda había dicho en italiano.

Eduardo viene conmigo a Inglaterra

A don Lorenzo le había impresionado mucho el modelo del sindicalismo democrático inglés, y quiso que alguno de los chicos se convirtiera en un dirigente sindical formándose bajo el ejemplo británico. Eduardo, uno de mis alumnos, tenía posibilidades de éxito y, de hecho, llegó a ser un importante sindicalista en Milán entre sus veinte y treinta años.

Aquel verano, cuando volví a Inglaterra, tenía que llevar a Eduardo conmigo, encontrarle alojamiento y trabajo y ser su amigo en Inglaterra; así se hizo todo. En el

tren hacia Inglaterra, Eduardo

encontró algunos estudiantes españoles y los enredó en una conversación sobre el general Franco, en una mezcla de italiano, español e inglés.

Al principio, los estudiantes se divertían con aquel joven italiano tan antifascista; le llamaban ‘joven comunista’. Yo sólo intervine para aclarar la cosa. Al final, los estudiantes se esfumaron, incapaces de soportar la fuerza apasionada de

Eduardo y de su dialéctica.

En Londres, Eduardo vivía con una familia que yo conocía muy bien e iba a trabajar a unas bodegas de vino. Con el hijo de aquella familia Eduardo frecuentaba un grupo de “Jóvenes trabajadores cristianos”, que yo promoví en la parroquia a la que me destinaron al sur de Londres. Me temo que no seríamos para él más que un pálido reflejo de Barbiana. Tras unos seis meses, Eduardo volvió a Italia justo mientras moría don Lorenzo. Veló con los demás chicos de Barbiana junto a la cabecera del sacerdote. Eduardo había estado entre los que prepararon la *Carta a una Profesora*, que se convirtió después en el epitafio de don Lorenzo y de la escuela de Barbiana.

* Rocca 1.8.1992, pp.41-43.

Los preparativos para la misa del domingo por la mañana fueron otro notable ejemplo de la educación en Barbiana. Se preparaba el Evangelio del día. Cada chico tenía un ejemplar de los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos, Lucas). Don Lorenzo tendía hacia una fe arraigada y razonada. El sentido del texto se discutía por lo menos una hora y se le extraía su significado para la vida de cada uno.